

## CONSIDERACIONES SOBRE LAS RELACIONES SOCIALISMO-ESTADO EN ESPAÑA (1879-1936)

---

Francisco de Luis Martín  
Universidad de Salamanca

El objeto de este trabajo no es otro que tratar de resumir en una breve y apretada síntesis algunas de las principales aportaciones historiográficas realizadas hasta hoy sobre las complejas y mudables relaciones entre el movimiento socialista español y el Estado a lo largo del período que se extiende desde la fundación del PSOE hasta el final de la Segunda República.

Conscientes de que tal propósito resultaría inabarcable si se pretendiera dar cuenta de todos y cada uno de los elementos, factores o circunstancias que confluyen en esas relaciones a lo largo de un tiempo tan dilatado y convulso, nos parece insoslayable establecer unas limitaciones previas, una especie de selección del punto de vista. De ahí que hayamos optado por centrarnos —y ese será nuestro hilo conductor— en un único tema: la evolución de la visión teórica que del Estado tuvo el socialismo y la praxis que en relación a ella desarrolló.

Aunque algunas de las cuestiones directa o indirectamente relacionadas con ese tema, tales como el énfasis de los socialistas en la salvaguarda de sus organizaciones, el cuidado de la formación política y cultural de sus militantes, el empeño de moralización que distinguió muchos de sus actos o el papel que jugaron las Casas del Pueblo como instancias configuradoras de una peculiar «mentalidad socialista», hayan sido objeto de investigación por nuestra parte en otros trabajos, las páginas que siguen son, ante todo, un conjunto de anotaciones y de reflexiones fundamentadas en las obras de historiadores —se citan al final— que han hecho de las relaciones entre el movimiento socialista y el Estado liberal objeto preferente de su investigación.

Una última aclaración parece pertinente: al tratarse de un tiempo histórico en el que se tejen diferentes sistemas de relaciones entre el socialismo y el Estado y habida cuenta que éste sufre una serie de mutaciones importantes que van desde el liberalismo oligárquico hasta la democracia, pasando por una experiencia dictatorial, los epígrafes en que aparece dividido el artículo se corresponden con las grandes y convencionales etapas que caracterizaron la posición política mayoritaria dentro del movimiento socialista. Ellas son, a fin de cuentas, las que mejor nos permiten captar el entramado y las razones de fondo que explican la actitud de los socialistas respecto del Estado en sus diferentes formalizaciones jurídico-políticas.

### **1. La larga marcha por el desierto: aislamiento, antiestatismo y organización (1879-1909)**

Diversos autores han puesto de manifiesto las deudas teóricas que la primera generación de socialistas tuvo respecto del pensamiento político procedente del primitivo internacionalismo obrero. Las diferencias entre sus alas libertaria y autoritaria —ésta última representada primigeniamente en el grupúsculo de la «Nueva Federación Madrileña» y más tarde en la Asociación General del Arte de Imprimir, cunas del PSOE— no ocultaban, sin embargo, una serie de planteamientos comunes entre los que destacaban la negación radical del Estado «burgués», la exclusión de la participación obrera en las luchas electorales y su remarcada diferenciación respecto a «todos» los partidos burgueses. Planteamientos que entrañaban o conducían inexorablemente a una actitud apolítica y antiestatal y que tenían como raíz doctrinal el convencimiento absoluto de que sólo la revolución social —se hablaba de revolución social y no de revolución política— permitiría superar el capitalismo y su traducción jurídico-política, el Estado de clase, y traer el socialismo liberador. Planteamientos, en fin, que motivaron una estrategia de confrontación clasista dado que la sociedad aparecía a sus ojos dividida dicotómicamente en burguesía y proletariado y donde fuera del campo propio sólo había enemigos con una idéntica personalidad reaccionaria y antiobrera.

Este doctrinarismo de hierro, que descansaba en una cosmovisión de dualismos antagónicos y que se expresaba literaria o plásticamente en agrupaciones de símbolos o iconos antónimos: luz/oscuridad; día/noche; sol/tinieblas... y en unos primeros relatos o composiciones gráficas que representaban alegorías y cuadros de contrastes de una gran simplicidad

y fácil lectura, se reforzaría luego por la acción confluyente sobre el socialismo de dos realidades, una teórica y otra práctica. Era la primera la «lectura guesdista», especie de vulgata simplificadora y mecanicista, que del marxismo hizo durante años el socialismo hispano y que supuso un reduccionismo chato y ramplón de sus contenidos y fundamentos. Este catecismo marxista, cortado y cosido con arreglo a unos pocos y elementales dogmas y a una fe inquebrantable en la promesa revolucionaria a corto plazo, impidió a sus receptores hacer un análisis objetivo de la sociedad española y de la situación política del país. Incapaces de reconocer la dinámica de oligarquización del régimen restauracionista, resultado del pactismo de la alta burguesía con la vieja nobleza, o la escasa representatividad política de otros segmentos y capas de la burguesía y de las clases medias, y por tanto su potencial revolucionario, los socialistas entendían —pues así lo dictaba el credo guesdista— que la revolución burguesa ya había tenido lugar en España y sólo cabía esperar —una vez la organización obrera alcanzase cierto grado de madurez— la conquista del poder por las masas trabajadoras. Pero tampoco se sacaban las debidas conclusiones sobre las relaciones entre esas masas y las organizaciones partidarias ni sobre el carácter mayoritariamente rural de aquéllas y lo que eso suponía o podía suponer de cara a la efectiva toma del poder. Como tampoco se sabía —más allá de la afirmación de que sucedería y más bien pronto que tarde— el cómo y el cuándo del asalto a la ciudadela del Estado ni la concreta articulación administrativa y jurídico-política de la «nueva Jerusalén» que sobrevendría tras la derrota del Estado burgués.

La segunda realidad, ésta de carácter práctico, está directamente relacionada por una parte con la experiencia política acumulada por la clase obrera con anterioridad a 1875 y por otra con el peculiar carácter del régimen restauracionista. Las frustraciones derivadas de su participación en las jornadas revolucionarias del 68 y de la marcha del sexenio provocaron en los trabajadores una casi absoluta desconfianza en las luchas políticas y los procesos electorales que, al cabo, sólo beneficiaban a la burguesía. La consigna para el futuro sería la unión exclusiva de los obreros y su lucha no ya por un cambio de gobierno sino por la abolición del Estado. Los primeros pasos del sistema canovista no harían sino confirmar entre los socialistas esa consigna. La imposibilidad de una participación efectiva en las nuevas instituciones, el carácter clientelar del sistema, el peso y la contumacia de los mecanismos caciquiles, la escasa sensibilidad social de los gobernantes, la mano dura frente a las reivindicaciones obreras... todo, en suma, apuntaba en la misma dirección y hacia idéntica estrategia: negación del Estado y

de la sociedad burguesas, aislacionismo político, refuerzo de la propia organización y adoctrinamiento de los militantes. En esas circunstancias, la implantación del sufragio universal no supuso en principio ningún cambio. La superación del Estado burgués no se lograría mediante la utilización de vías legales, sino a través de un acto final revolucionario que necesariamente había de ser violento.

La fundación de la UGT y la devoción del «pablismo» —término que designa, como es sabido, la dirección marcada a las organizaciones socialistas por quien sería su líder indiscutido hasta su muerte— por el societarismo —aspecto éste que ponía una nota discordante con relación al guesdismo— conllevarían, sin embargo, la aparición de elementos nuevos con importantes consecuencias a corto, medio y largo plazo en la dinámica política del movimiento socialista. Por lo pronto, Iglesias defendió la necesidad de obtener conquistas parciales —mejoras económicas y sociales— para la clase obrera. Estas conquistas, arrancadas a los patronos y al Estado, debían obtenerse mediante estrategias marcadas a ser posible por la prudencia y la moderación, de manera que en ningún momento —por efecto de una reivindicación mal planteada— se pusiera en peligro lo ya conquistado. De este modo, al mismo tiempo que negaba en bloque el Estado de la Restauración y hacía continuas afirmaciones de revolucionarismo, el socialismo propendió a actuar legalmente dentro de aquél —no otra cosa suponía la utilización de los canales que ese Estado permitía para la formulación y consecución de objetivos económicos— y a adoptar una práctica reformista.

Los términos de este binomio, revolucionarismo teórico y reformismo práctico, cuyos objetivos se inscribían respectivamente en los programas máximo y mínimo del partido, no suponían para el pablismo ninguna contradicción por cuanto las reformas ni se agotaban en sí mismas ni suponían una aceptación del Estado; eran, simplemente, un medio, un instrumento que al coadyuvar al afianzamiento y extensión de la organización obrera coadyuvaba paralelamente a la revolución y por tanto al derrocamiento del sistema capitalista. Lo que sí provocó esta praxis reformista y la necesidad de consolidar tanto las conquistas obtenidas como las propias organizaciones —y esta consecuencia estaría llamada a jugar un papel de primer orden en la trayectoria histórica del socialismo— fue que los socialistas dejaran de mostrarse indiferentes ante las formas de gobierno o el programa político del gobierno de turno. No obstante, continuarían aún bastante tiempo haciendo oídos sordos a las demandas de los republicanos para actuar juntos frente a un sistema que, como estos últimos les recordaban, obstaculizaba el de-

sarrollo de una legislación social y protectora del trabajo e impedía así unas relaciones laborales caracterizadas por un mayor nivel de justicia, todo lo cual repercutía negativamente en la propia organización obrera.

Antes, sin embargo, de que los viejos resabios aislacionistas y antirrepublicanos —de todos los partidos burgueses, los republicanos eran para los socialistas los más peligrosos por su capacidad, según éstos, para engañar y embaucar a los obreros so pretexto de causas aparentemente progresistas y aún revolucionarias— fueran definitivamente ahuyentados, algunas voces se habían dejado oír dentro del partido preconizando la colaboración con las fuerzas y grupos burgueses antimonárquicos. Voces que llamaban la atención sobre las diferencias ideológico-políticas existentes entre las distintas burguesías y, esencialmente, entre una dominante, oligárquica y monárquica y otra progresista, modernizadora y republicana. Voces, en fin, que reclamaban una atención más analítica y racional hacia las formas del Estado liberal y el papel o las posibilidades de desarrollo que en cada una de ellas podía jugar o tener la clase obrera y sus organizaciones. Fueron estos hombres —Vera, Morato, Quejido...— los primeros en aportar análisis teóricos sobre la naturaleza dispar de la Monarquía y la República, sobre un tipo de Estado oligárquico y otro democrático, y, al mismo tiempo, sobre la complejidad de la estructura social en España, superando los anteriores esquemas simplificadores y reduccionistas. Porque, si bien tanto la Monarquía reaccionaria como la República democrática —la adjetivación era consustancial a una y otra forma de Estado, sin que, al parecer, cupiera una reversión de esos valores reaccionarios en un caso y democráticos en otro— eran expresiones del Estado burgués, la segunda representaba la versión política y social más avanzada de la burguesía y, por consiguiente, y esto era quizá lo más importante, «la última trinchera de los explotadores».

Fueron estos sectores también los que, más allá de su simple denuncia como «ruedas del poder burgués», introdujeron un estudio sistemático y con mayor carga de profundidad de las instituciones públicas. El Parlamento, el Gobierno, la Magistratura, el Ejército, la Iglesia, el Municipio, etc, bien individualmente, bien en sus mútuas relaciones e interdependencias, pasarían a ocupar un buen número de páginas y una atención más pormenorizada y rigurosa en revistas como *La Nueva Era* primero o *La Revista Socialista* después, alcanzando incluso a la redacción de *El Socialista*.

Fueron estos mismos sectores, finalmente, los que, sacando las consecuencias pertinentes de sus análisis y de la débil implantación del socialismo, primeramente censuraron la estrategia aislacionista del par-

tido y comenzaron a librar la batalla por la colaboración con los republicanos. Una batalla que aún tardarían en ganar por cuanto el pablismo siguió creyendo en la necesidad de no confundirse con partido burgués alguno, centrando todos los esfuerzos en la salvaguarda de la organización obrera y en el adoctrinamiento y formación de sus militantes.

Aunque Iglesias y los principales dirigentes socialistas sostenían que la educación de las masas obreras no sería posible sino después de la revolución, la práctica reformista por un lado —la cual precisaba un cierto grado de conocimiento de las leyes y de los mecanismos sociales y económicos vigentes— y la necesidad de dotar a sus afiliados con un cuerpo de doctrina, por elemental que fuese, por otro, hizo que se intensificase la preocupación por las cuestiones formativas y culturales, tanto a nivel político y sindical como general. Y puesto que en éste como en otros terrenos nada cabía esperar del Estado —sus centros de educación y de cultura, desde la escuela pública hasta la Universidad estaban contaminados por el virus burgués y respondían a unos muy concretos intereses de clase—, todo había que confiarlo a las propias organizaciones obreras, que de este modo se convirtieron en el principal y casi único agente educador de los trabajadores asociados. Con el paso del tiempo la atención por la educación y la cultura se fue haciendo más intenso, aunque por el momento no se generara un debate de altura sobre modelos educativos. Fue así como desde finales del siglo XIX y especialmente a partir de los primeros años del nuevo siglo —y a lo que no fue ajeno el regeneracionismo educativo que se extendió por el país— el socialismo, que definitivamente había incorporado la problemática educativa a su proyecto político, comenzó a tejer una amplia red de iniciativas culturales. Iniciativas e instituciones que iban desde escuelas para niños y obreros adultos hasta la creación de centros de formación técnica o profesional, bibliotecas —surgió un verdadero culto a la lectura—, cuadros artísticos y grupos teatrales —el teatro era considerado uno de los más importantes medios de formación y propaganda—, orfeones y rondallas, asociaciones excursionistas, etc.

En esta misma línea de formación cultural, adoctrinamiento político y cohesión del grupo se inscribe también la aparición de una literatura obrerista que utilizó todos los géneros literarios, especialmente los más breves, el cuento y la poesía, aunque también el teatro y el ensayo —en mucha menor medida la novela— como altavoces ideológicos y vehículos de transmisión de las «verdades» socialistas. Aunque también se buscó deleitar y distraer, es evidente que durante mucho tiempo los socialistas no vieron en la literatura ni en otras manifestaciones artísticas un fin en sí mismas sino un mero instrumento al servicio del

partido y del sindicato. Labor ésta que completaba la que venía realizando la prensa obrera —sin duda, el primer medio de inculcación ideológica— y una no muy abundante publicística donde, frente a los muy escasos trabajos de correligionarios nacionales, sobresalían las traducciones de folletos —en mucha menor medida de libros— debidos a una más bien pequeña nómina de socialistas europeos. Publicística que encontró su soporte material en una serie de iniciativas editoriales de vida siempre efímera hasta que, bien entrado el siglo xx, se fundara la Gráfica Socialista.

Todas estas iniciativas y otras más —mutualidades, cooperativas, dispensarios médicos, etc— que irían completando el particular universo socialista y que remarcaba el distanciamiento respecto al universo burgués, tuvieron generalmente un espacio común, un edificio social y colectivo que se convirtió en el símbolo por antonomasia del socialismo en España. Las Casas del Pueblo, expresión material y espiritual de la presencia de los socialistas en las ciudades y los pueblos del país, se convirtieron en un espacio polifuncional que pretendió satisfacer la totalidad prácticamente de las necesidades obreras: políticas, culturales, cooperativas, laborales, de ocio y de solidaridad de clase. Consecuentemente, entre sus paredes se organizaron actos, ritos y liturgias y se elaboraron consignas y pautas de conducta que contribuyeron poderosamente a crear la particular mentalidad socialista. Ellas eran los templos del proletariado, la base física de la propaganda y de la acción sindical y política, el centro neurálgico de toda la actividad obrera, una especie de Estado dentro del Estado.

Cabría señalar, finalmente, que buena parte de toda esta actividad desplegada dentro y fuera de los centros obreros tuvo siempre un importantísimo componente moral o de moralización de los afiliados. Frente al modelo de conducta burgués —también aquí se reproducía el clásico mundo de dualismos enfrentados sin mayores matices—, el socialismo pretendió erigir un patrón de comportamiento teñido de puritanismo moral, laicismo ético y escatología cristiana que debía envolver y presidir todas las actividades del militante, desde las familiares hasta las laborales, pasando por las que tenían como interlocutor a los patronos o al Estado. Absolutamente todo en la vida del obrero socialista debía quedar enmarcado por ese código de representaciones y de normas que encontró en Pablo Iglesias, el «abuelo», ese «santo laico» como lo definió Ortega, su principal y más acabado ejemplo.

La resultante de todos estos procesos anteriormente esbozados —revolucionarismo teórico y reformismo práctico, integración negativa en el Estado de la Restauración, aislamiento político, rechazo visceral del

republicanismo, relativa pasividad ante las grandes cuestiones nacionales, elaboración de una subcultura política y moral, etc— fue, como Santos Juliá ha señalado, «una secta de creyentes en el socialismo con un reducidísimo radio de acción, más que un partido de masas capaz de movilizar a la clase obrera: (...) nada si se pretendía hacer la revolución; todavía menos si se quería influir en los órganos del Estado».

## 2. La participación crítica en el Estado liberal (1909-1923)

En la larga marcha del socialismo desde su primera posición aislacionista y antiestatista hasta otra de carácter participacionista, de integración crítica en las instituciones públicas y asunción de la política parlamentaria, habría que mencionar una serie de factores y de hechos que empujaron más o menos decisivamente en esa dirección. Sin duda, la presencia de los socialistas en las luchas electorales —tanto generales como municipales— tras la aprobación del sufragio universal, aunque no sirviera inicialmente para cambiar su postura de rechazo global hacia el Estado y la sociedad burguesas —dicha presencia se justificaba sólo como un medio para denunciar las injusticias del sistema capitalista— sirvió, en cambio, para tomar contacto con una serie de realidades —enseñanza, vivienda, trabajo, sanidad, etc.— que afectaban directamente a la esfera de lo público y que motivaron, sobre todo tras la aprobación en el III Congreso del PSOE, celebrado en Valencia, en 1892, del Programa socialista de acción municipal y la obtención de las primeras concejalcías, la elaboración de políticas alternativas a las «oficiales» en el marco de los Ayuntamientos que contaban con representantes socialistas y donde los puntos de coincidencia con los republicanos no fueron escasos. De igual manera, la participación en otras instituciones u organismos «burgueses» como las Juntas municipales de Educación o el movimiento de Extensión Universitaria, por citar sólo dos ejemplos, condujeron a anudar lazos y relaciones con sectores y personalidades de la burguesía ilustrada y progresista. Las mismas Casas del Pueblo y la prensa obrera, hasta entonces espacios exclusivamente obreros, comenzaron a abrir sus puertas y sus páginas a elementos procedentes de esa burguesía de izquierdas, que colaboraron en la impartición de cursos y conferencias o en la confección de artículos y trabajos periodísticos, sobre todo en los números extraordinarios del 1.º de mayo. Esta colaboración, si bien no logró hacer desaparecer del todo la secular desconfianza de los socialistas hacia los «intelectuales burgueses», provocó un acercamiento mutuo aunque generalmente discontinuo. Los casos de Unamuno, Verdes Mon-



tenegro, Altamira, Posada. Cossío o Dorado Montero ejemplifican estas nuevas relaciones; relaciones que introdujeron en el partido obrero nuevas preocupaciones, un horizonte mental y político más amplio y un aire menos adusto y obrerista.

Por otra parte, las campañas y la movilización obrera con motivo de los procesos de Montjuich y de la guerra de Cuba, aspectos suficientemente analizados ya, sirvieron también para acercar al socialismo a determinados sectores del republicanismo. Según el relato de Morato, esta aproximación condujo a un primer, aunque aislado y vergonzante, pacto electoral republicano-socialista en las elecciones de 1899 en Madrid. Pacto que, como ya hemos indicado, venía siendo reclamado desde tiempo atrás por algunos dirigentes que parecían tener una visión más compleja y real de la situación política y del propio movimiento socialista y una vocación decididamente participacionista en el sistema liberal parlamentario. Según ellos, era preciso aprovechar los intersticios que el sufragio universal y las instituciones liberales dejaban para desde dentro del Estado proceder a su paulatina transformación, tarea que sólo era posible realizar con alguna garantía de éxito mediante una serie de acuerdos con los republicanos, interesados igualmente en la transformación radical de la monarquía.

A pesar de todo, la línea oficial del partido siguió sin modificarse. El crecimiento de las organizaciones socialistas a partir de 1898, la competencia que los republicanos seguían representando en la atracción de las capas populares, su división interna, las críticas antisocialistas vertidas por algunos de sus líderes y la postura oficial de la Internacional Obrera, eran datos que confirmaban en Iglesias y los suyos la necesidad de mantener la tradicional línea defensiva y de separación nítida entre «lo que nosotros somos y lo que son ellos». Eso fue lo que se aprobó en el VIII Congreso del PSOE, celebrado en septiembre de 1908, y lo que el líder socialista mantuvo todavía cuando a principios del año siguiente algunos políticos liberales y republicanos le propusieron formar un gran bloque de oposición contra Maura. Iglesias no creía ver en peligro conquistas fundamentales de la clase obrera, situación excepcional que, según el criterio aprobado años atrás y única concesión arrancada por los prorreplicanos, podría justificar un pacto con los elementos burgueses progresistas. Sin embargo, apenas unos pocos meses después se produciría, como es sabido, el «gran cambio» en la estrategia política socialista, un cambio que tendría, como veremos a continuación, hondas y perdurables consecuencias.

A la creciente presión interna ejercida por los partidarios de la apertura del partido hacia los sectores de la izquierda burguesa y a la

que habría que añadir también los magros resultados electorales y la crisis de las organizaciones socialistas desde 1906, vino a sumarse una potente presión exterior derivada de los acontecimientos de la Semana Trágica de Barcelona y de la durísima represión subsiguiente del gobierno de Antonio Maura. Estos hechos provocaron, como se sabe, el fin de una dilatada etapa de aislamiento político del socialismo español. La Conjunción republicano-socialista, firmada finalmente en noviembre de 1909, puede muy bien definirse como el principio del «gran cambio», significando una nueva y muy diferente etapa en la vida del socialismo.

Al mismo tiempo que los socialistas afrontaban las luchas políticas propias del sistema parlamentario con un aire nuevo —Iglesias conseguía el acta de diputado en las elecciones de 1910—, su discurso, aunque siguiera teniendo a los obreros como receptáculo más importante, emplazaba ahora a «todos los ciudadanos» y su percepción de los asuntos públicos, de los asuntos de Estado, se hizo más aguda, compleja y rigurosa. Atraerse a las capas medias del país y establecer nuevos puentes de relación con los intelectuales se convirtieron para algunos dirigentes socialistas en objetivos prioritarios. Por otro lado, se abandonó el maniqueísmo anterior y el simplista aunque seguro mundo de dualidades enfrentadas. Ya no había dos clases antagónicas, ni todos los partidos burgueses eran o significaban lo mismo; ya no resultaban indiferentes las formas de gobierno ni la concreta naturaleza y las características del Estado liberal. La República y la democracia eran valores por los que merecía la pena combatir y combatir además al lado de aquellos sectores de la burguesía comprometidos en su defensa. Los socialistas debían apoyar la revolución burguesa pendiente, porque si bien ni la República ni la democracia, expresiones de esa revolución en España, eran sus fines últimos, eran, en cambio, el medio ideal para consolidar las organizaciones obreras y avanzar en el camino hacia el socialismo.

A partir de este momento, los contenidos políticos, las referencias a las actuaciones del gobierno de turno o la crítica de las instituciones «oligárquicas» se acentuaron en la prensa obrera, en los mítines y en las conferencias —«contra la Monarquía» parecía ser la consigna que llenaba casi todo— donde la colaboración republicana se hizo corriente y cotidiana. Se abrieron nuevas secciones periodísticas, aumentaron los comentarios de actualidad —sobre todo referidos a la vida parlamentaria y a la acción municipal—, diarios y revistas comenzaron a cuidar la parte gráfica —es la época en que la revista *Vida Socialista*, por poner un ejemplo, incorpora a sus portadas retratos y fotografías de los prin-

cipales dirigentes socialistas y republicanos— y prácticamente se abandonaron los contenidos metapolíticos e intemporales que habían predominado hasta entonces. El socialismo parecía entrar en una vía de presencia y participación política que se reflejaba en su prensa, en sus actos y en sus órganos de representación, preocupados ahora por elaborar estrategias de lucha frente a las fuerzas dinásticas en todos los ámbitos de actuación pública.

Paralelamente a este proceso y consecuencia del mismo en gran medida, nuevos elementos, procedentes muchos del sector público, como maestros, empleados, funcionarios o médicos, ingresaron en las filas socialistas. Estas incorporaciones, conjuntamente con la de intelectuales procedentes del mundo del krausismo y la Institución Libre de Enseñanza, contribuyeron a que se abandonara el viejo discurso obrerista, sustituido ahora por otro más abierto e interclasista, aunque sin abandonar la raíz obrera de las organizaciones. Por otro lado, consiguieron que el partido se volviera receptivo a realidades y problemáticas hasta entonces desdeñadas o simplemente ignoradas. Dos ejemplos de los varios que podrían aducirse son la fundación de la Escuela Nueva por Núñez de Arenas en 1910 y la constitución dos años después de la Asociación General de Maestros, antecedente de la FETE y sindicato de los docentes adscritos al socialismo. Mientras la primera, siguiendo el modelo fabiano, pretendió ser un puente de unión y de discusión abierta y plural entre los «obreros de la inteligencia» afiliados o próximos al socialismo y los «obreros del músculo», incorporando temáticas y actividades nuevas y diferentes, la segunda pretendió erigirse en la plataforma desde la que conquistar al magisterio público y proceder a la transformación en sentido progresista y democrático de la educación estatal. Las Bases para un Programa de Instrucción Pública, ponencia elaborada por el pedagogo institucionista Lorenzo Luzuriaga en nombre precisamente de la Escuela Nueva y aprobada en el XI Congreso del PSOE (1918), significaban el abandono del anterior proyecto educativo obrerista y autónomo —aunque éste nunca llegara a cuajar en la práctica— y su sustitución por otro de carácter estatal que tenía como objetivo fundamental la democratización y socialización de las instituciones educativas y culturales de carácter público.

Era, sin duda, un ejemplo de la nueva vocación estatista o estatista del socialismo español o, si se prefiere, de su nueva estrategia política, formulada en términos de participación crítica en las instituciones públicas, aunque sin dejar de recalcar que tal participación —como la entrada en el Parlamento— no significaba la aceptación del sistema político de la Restauración ni de sus instituciones. En consecuencia, el

socialismo pretendía utilizar los mecanismos legales del Estado de la Restauración para intentar destruirlo, sustituyéndolo por otro diferente de raíz y carácter democrático y social. Lo paradójico del caso fue que mientras los socialistas radicalizaron su discurso antimonárquico —la monarquía se identificaba con la injusticia social, la reacción política, el militarismo, el clericalismo y la corrupción—, una parte de los miembros de la conjunción, concretamente los reformistas, se mostraron dispuestos al diálogo con el régimen e incluso a gobernar en él, por cuanto según ellos la monarquía era susceptible de democratización y el rey parecía estar dispuesto a dar, tras la crisis definitiva del turnismo, algunos pasos en esa dirección.

La actitud de estos núcleos y las resistencias de los republicanos radicales a la colaboración franca y abierta con los socialistas, dio alas a quienes dentro del PSOE habían venido defendiendo desde comienzos de los años diez la necesidad de poner fin a la política de pactos con los republicanos. En su opinión, éstos eran pocos, estaban desunidos, habían dado pruebas de deslealtad y carecían de sustancia política. Si en los Congresos del PSOE celebrados en 1912 y 1915 el sector anticonjuncionista dejó ya oír su voz, consiguiendo mantener abierta la discusión sobre este asunto, en el de 1919 —los sucesos de 1917 pasaban así una de sus facturas—, conseguirían su objetivo. Hasta ese momento, sin embargo, los partidarios del pacto hicieron valer su mayoría. Una mayoría que consideraba indispensable seguir apoyando la revolución burguesa pendiente como paso previo y necesario al socialismo.

Ambos sectores, el conjuncionista y el anticonjuncionista, se enfrentarían abiertamente con motivo de la Primera Guerra Mundial. Si el primero veía en ella una lucha entre democracia y reaccionarismo, entre el mundo nuevo —al que pertenecía la clase obrera— y el viejo —cuya victoria, caso de producirse, tendría consecuencias muy negativas para esa misma clase—, lo que justificaba una postura aliadófila, el segundo no percibía otra cosa que el enfrentamiento entre países capitalistas, responsables todos por igual, lo que exigía una condena global y sin paliativos de la guerra y una postura neutralista que diferenciase nítidamente al socialismo de las burguesías en liza. De la misma manera, argumentaban, el socialismo español debía separarse de todos los grupos burgueses nacionales fueran cuales fuesen sus ideologías o sus objetivos políticos. Ambos sectores se irían distanciando progresivamente. La irrupción de la revolución bolchevique y la cuestión de las Internacionales supondría otro elemento —éste de formidable envergadura— de fractura. El resultado fue, como es bien sabido, la escisión del PSOE.

Y es que el giro copernicano de 1909 había abierto el Partido a temáticas y problemas políticos complejos, imposibles de encerrar en los dogmas tradicionales o en supuestas ortodoxias revolucionarias, provocando debates, discusiones y posturas no siempre coincidentes sobre la naturaleza y características del Estado de la Restauración, de la democracia, del capitalismo o de los diferentes regímenes burgueses, sobre el papel del socialismo en el Estado burgués o sobre la mejor estrategia con relación a los partidos republicanos. Estos debates y las diferentes respuestas que se manifestaron trajeron como consecuencia la emergencia de corrientes y tendencias en el interior del partido. La participación socialista en los hechos revolucionarios de 1917 y el proceso que condujo a la escisión comunista en 1921 son sin duda los dos acontecimientos que marcaron más decisivamente la vida interna del PSOE. A su través se nos muestra hasta qué punto las diferentes corrientes habían adoptado posiciones de difícil reconciliación. Al mismo tiempo, ambos sucesos tuvieron también profundas y duraderas consecuencias en el tema de las relaciones socialismo-Estado. Veámoslo muy brevemente.

Como ya hemos comentado anteriormente, el socialismo, tanto en su vertiente política como sindical, fue consolidándose como el verdadero fulcro de la oposición a la Monarquía. La frustración de las expectativas levantadas por la ruptura del turno de partidos dinásticos y la posible incorporación al sistema del partido reformista reforzó la dinámica antimonárquica de los partidos de la oposición, culminando en la huelga general y la Asamblea de parlamentarios del verano de 1917. Aunque la primera, movida por el pacto de unidad de acción entre las centrales UGT y CNT, reivindicaba una revolución obrera, sería la segunda, con su objetivo de derrocar a la Monarquía, la que marcaría los verdaderos fines del socialismo, comprometido en un movimiento que, apoyado en una previa intervención militar y en una simultánea huelga general indefinida, aspiraba a constituir un Gobierno provisional que, tras la oportuna convocatoria de unas Cortes Constituyentes, trajese la democracia al país mediante la instauración de la República. Los socialistas confiaban en dar así un paso de gigante en el camino hacia la emancipación definitiva de la clase obrera.

El fracaso de la operación condujo a la ruptura de la conjunción con los republicanos y a que en un amplio sector del socialismo se instalase el rechazo hacia las vías revolucionarias como medio de apoderarse del Estado. En el IX Congreso del PSOE (1918) y en relación con el debate abierto sobre la posibilidad de participar «en el Gobierno de la nación» vencieron los partidarios —dirigidos por Besteiro, quien

bajo la capa de moderantismo que siempre le caracterizó y el «socialdemocratismo» que otros le han imputado fue, probablemente, el mayor defensor de la «ortodoxia» marxista y de las esencias del «pabloiglesismo» obrerista— de no colaborar en ningún caso con ningún gobierno burgués. Parecía que el aislacionismo y el retraimiento volvían a imponerse en el seno del socialismo tras el «paréntesis» abierto en 1909 y cerrado en un momento en que la crisis del sistema de la Restauración hubiera podido ofrecer quizá vías alternativas —también para un socialismo más comprometido en la acción política— a las que condujeron finalmente a la dictadura primorriverista.

El proceso que concluyó en la escisión comunista reforzó aún más la vuelta hacia dentro del socialismo. Como es bien sabido, a la fracción izquierdista y probolchevique del PSOE, que venía a coincidir con los neutralistas en la guerra y anticoalicionistas en las relaciones con los republicanos, se sumó un sector de la intelectualidad socialista y una mayoría de las Juventudes Socialistas, partidarios todos ellos de la revolución comunista. Pero al margen de los avatares y debates que dilapidaron las energías de dirigentes y militantes, quizá lo más destacado del proceso y de su desenlace final fuera la primacía que a partir de ahora y hasta los años treinta obtuvo la UGT sobre el PSOE en el conjunto del movimiento socialista. Con un partido muy debilitado tras la escisión, el sindicato, que había salido prácticamente indemne de los debates y vio incluso cómo aumentaban sus efectivos en estos años, sería quien marcará la dirección política del socialismo imponiendo sus criterios y sus tácticas. Criterios y tácticas que compartía la nueva dirección del PSOE, en manos también, como la de la UGT —en realidad eran casi las mismas personas—, de sus dirigentes más moderados.

¿Y cuáles eran esos criterios y esas tácticas? La defensa de la organización obrera como primer objetivo, a lo que se subordinaba todo lo demás, y el aislamiento político y sindical como estrategia. Nada nuevo, pues. En consecuencia, se reafirmaba la postura tradicional de alejamiento de todos los partidos burgueses y se resolvía no comprometerse en adelante en alianzas políticas ni conspiraciones militares encaminadas a establecer la democracia burguesa. Paralelamente, se elaboró una nueva visión o teorización de la revolución: ésta no consistirá ni en un acto de fuerza que implante directamente el socialismo, ni en el apoyo a la democracia como paso previo y necesario a la llegada de aquél. La revolución es, como afirmaban Largo Caballero o Besteiro, la labor diaria, el lento pero firme crecimiento de la organización, las conquistas parciales obtenidas por el conjunto de la clase trabajadora a través del esfuerzo y la acción callada pero eficaz de las

agrupaciones y sindicatos socialistas. En consecuencia, se volvía a poner el acento —y ahora con mucho mayor énfasis— en la educación, en la propaganda, en la preparación técnica y gestora de los militantes, en su moralización, como las vías que harían posible en un futuro que la clase obrera rigiera el Estado y la sociedad. El socialismo llegaría, pues, como resultado de un largo proceso evolutivo en el que no se contempla ningún asalto violento al Estado y donde la forma que adquiriera éste vuelve a parecer indiferente —el socialismo ya no tiene que ser necesariamente la fase superior de la democracia burguesa— siempre que las organizaciones obreras puedan actuar libremente dentro de la legalidad.

Este accidentalismo de las formas de gobierno era sinónimo del carácter subordinado de la acción política. La participación en solitario de los socialistas en las elecciones que van desde 1918 a 1923, interpretadas como éxitos pese a sus magros resultados, obedecía de nuevo a una única consideración: la oportunidad de estar presentes en un foro público desde el que llevar a cabo la obra de denuncia de los males e injusticias de la sociedad burguesa y hacer proselitismo del programa propio. Con tan escasa valoración del papel del Parlamento —habría que señalar, no obstante, la excepción representada por Indalecio Prieto— no debe extrañar que los socialistas no hicieran nada por su defensa cuando en septiembre de 1923 el general Primo de Rivera se alzó en armas contra él.

### **3. La colaboración con la Dictadura (1923-1930)**

Sólo si tenemos en cuenta la evolución del socialismo desde 1917, y que hemos intentado resumir en las páginas anteriores, podremos entender su actitud de benevolente neutralidad primero y entusiasta colaboración después con el primorriverismo.

Tras los años de predominio de la política, que se extienden desde 1909 hasta 1920, la preocupación primordial para los socialistas había pasado a ser, como hemos visto, la salvaguarda de la organización obrera. Será esa preocupación la que guíe sus pasos ante el nuevo régimen. Si éste respetaba las conquistas de la clase trabajadora —no digamos ya si estaba dispuesto a dialogar o negociar «en positivo» sobre las condiciones laborales— nada obstaculizaría su «asunción» por el socialismo. Por otro lado, los partidos burgueses no sólo habían demostrado sobradamente su incapacidad política, sino que con su ejercicio se habían convertido en los principales responsables del golpe de Es-

tado y nada impelía ahora a los socialistas a salir en defensa de un sistema corrupto y degenerado.

Fue así como los socialistas se aprestaron a aceptar la mano tendida por el dictador, que deseaba contar con ellos en sus proyectos regeneracionistas y sociales, y colaboraron en instituciones y aparatos del régimen, adaptándose como un guante al nuevo corporativismo que nucleó las relaciones laborales. Mediante el cuasimonopolio de la representación obrera, la UGT, que había desplazado al partido en la dirección socialista, disfrutó de una situación que muy bien puede calificarse de privilegiada: gozó de amplia libertad de movimientos, aumentó sus efectivos y consolidó su estructura organizativa frente a la CNT, perseguida por la dictadura, y los sindicatos católicos. Y como quiera que esos eran justamente los objetivos marcados por los dirigentes socialistas, se entendió que se estaba en el buen camino sin reparar que por ese camino se abandonaba la acción política tradicional del socialismo.

Las nuevas condiciones impuestas por la dictadura —mucho administración y poca política— favorecieron así la dinámica que, iniciada después de 1921, condujo a la hegemonía de la UGT en el movimiento socialista y a que la central sindical asumiera por sí sola responsabilidades políticas. Sería Largo Caballero, el veterano y cada vez más firme dirigente, quien con más ahínco defendiera esta situación impulsando incluso un proyecto de unidad orgánica de las organizaciones hermanas —en realidad de absorción del partido por el sindicato— que finalmente no acabaría cuajando por la resistencia que encontró en los dirigentes más políticos del socialismo y por las nuevas condiciones impuestas tras la dimisión de Primo y la posterior proclamación de la República. Con todo, Largo lograría fundir en la práctica ambas organizaciones por la cabeza, toda vez que sus Ejecutivas resultaron básicamente coincidentes tras la celebración de sus Congresos respectivos en 1928.

Los años de la dictadura fueron años en los que la acción educativa y cultural jugó un papel de primer orden en la actividad de las organizaciones socialistas. Fue tal el ardor —al menos teórico— puesto en estas cuestiones, que muchos dirigentes daban la impresión de reducir la lucha de clases a una mera cuestión de cultura. Según afirmaba *El Socialista*, que en este tiempo se llena de contenidos culturales y pedagógicos, «el ideal emancipador del socialismo es económico y espiritual [repárese que no se decía político] y para lograrlo la base fundamental es la cultura». Al decir de no pocos líderes, las batallas futuras no se librarían con armas y violencia, sino con ideas, con cultura. De ahí a expresar que la emancipación de la clase obrera sería fundamen-



talmente obra de la cultura —erradicación de la ignorancia y capacitación general y profesional— no había más que un paso que algunos no parecieron tener inconveniente en dar. El mismo Besteiro afirmaría que la sociedad del porvenir no se produciría de una vez, por un acto milagroso, sino que había que ir produciéndola todos los días por la conquista de la cultura y por la aplicación de los medios que la cultura permitiera al socialismo.

Y junto a la formación, la moralización. Una moralización que aspiraba a formar un hombre nuevo, opuesto al que contribuía a crear la sociedad burguesa y distinto también «al que hasta hoy era la regla corriente entre los trabajadores manuales». De esta manera, el notable esfuerzo realizado durante estos años por construir nuevas sociedades allí donde, como en las zonas rurales de Andalucía, Aragón o Castilla, el ideario socialista apenas había conseguido penetrar anteriormente, se vio acompañado de un paralelo esfuerzo de educación en los valores societarios y normas de conducta que debían caracterizar al buen socialista. Porque si el socialismo se impondría algún día no sería sólo por la fuerza de sus ideas y objetivos, sino también por la superior catadura moral de sus militantes.

Durante la etapa de la dictadura y en relación con estos planteamientos, se consolidó una nada desdeñable red de iniciativas y organismos educativo-culturales: las escuelas para niños y adultos —que nunca desaparecieron pese al objetivo prioritario de transformación de la escuela pública—, la Fundación Cesáreo del Cerro —singular centro de educación de párvulos—, diversas experiencias de formación técnica —las más importantes fueron las Escuelas de Aprendices Tipógrafos y de Aprendices Metalúrgicos—, la Escuela Obrera Socialista, las bibliotecas de los centros obreros y de sociedades de resistencia, la Gráfica Socialista, las distintas asociaciones artísticas y cuadros teatrales, las primeras agrupaciones deportivas, el grupo «Salud y Cultura», etc. Sin olvidar, al mismo tiempo, una producción literaria socialista —ensayo, poesía, teatro, cuento y en menor medida novela— que se intensifica también ahora, presenta, con alguna excepción, una escasa calidad formal y se pone al servicio de las consignas ideológico-políticas.

Son años, finalmente, en que la actividad constructora de Casas del Pueblo y centros obreros creció vertiginosamente en relación al período anterior aprovechando el tirón económico y constructivo de los años veinte y la expansión de la UGT. Centros y casas que ahora más que nunca fueron ante todo «casas del sindicato» —sin por ello dejar de acoger a las agrupaciones políticas y grupos juveniles— por cuanto sus

moradores se definían casi exclusivamente por pertenecer a una sociedad de oficio o de resistencia. Centros y casas que expresaban en «letras de piedra» la presencia socialista en los medios urbanos y rurales y que simbolizaban la conquista de un primer espacio al que seguirían otros hasta la conquista total de la sociedad.

Aunque prácticamente la totalidad de los dirigentes compartieron este tipo de planteamientos culturales y moralizadores, no todos, sin embargo, aprobaban la estrategia que situaba a la UGT como motor de la acción política socialista ni vieron con buenos ojos la colaboración con la dictadura. Una colaboración que, además, ponía una nota de profundo contraste con las tradicionales resistencias de muchos líderes y militantes a incorporarse a las estructuras políticas del anterior Estado liberal. La contestación a la participación en la dictadura, al principio muy minoritaria, provino del sector político del socialismo, encabezado por Indalecio Prieto. Defensores del parlamentarismo, de las libertades públicas y de la democracia, este sector era partidario de una acción concertada con los republicanos para intentar acabar con el Estado autoritario y corporativo. Sus posiciones comenzarían a ganar adeptos, como bien se sabe, a lo largo de 1929 hasta convertirse en mayoritarias dentro del socialismo. El anteproyecto de Constitución aprobado por la Asamblea Nacional —y que pretendía institucionalizar definitivamente la dictadura— sería el detonante que impulsaría el nuevo cambio de rumbo.

La pérdida de una buena parte de las bases sociales con que el régimen contó desde un principio, la crisis financiera y el relativo malestar entre las clases trabajadoras por los resultados no del todo satisfactorios de los comités paritarios —y que ahora parecían no compensar la falta de libertades— hicieron el resto. La dimisión del dictador no hizo sino acelerar este proceso. La «conversión republicana» del pragmático Largo Caballero simboliza lo que sería la opción mayoritaria en las filas socialistas a partir de entonces; opción que descansaba sobre todo en el convencimiento de que la República era el único sistema político que permitiría no sólo afianzar las posiciones ya conquistadas, sino incluso aspirar a metas superiores. Para Largo y otros muchos dirigentes, el Estado republicano sería antes que nada un medio al servicio de la consolidación de la UGT y un paso adelante en la marcha al socialismo. Pero no todos esperaban lo mismo o iban a la República por idénticas razones o sólo por esas razones. El sector prietista —personalizando en un líder al grupo más político del socialismo— defendía sobre todo la República por sus potencialidades liberales y parlamentarias, por lo que entrañaba de Estado democrático y social, de instrumento de transfor-

mación de la sociedad. Para éstos la democracia era un fin en sí mismo, una democracia que caracterizada por un profundo contenido social podría colmar las expectativas de las clases trabajadoras por cuanto el socialismo, cuando llegara su hora, se presentaría como la lógica y natural culminación del Estado democrático.

Al lado de estas dos tendencias surgió una tercera encabezada por Julián Besteiro. Similar a la primera en su defensa de la organización obrera y en la prioridad otorgada a las mejoras económicas y sociales, discrepaba en cambio de ella en su oposición a cualquier pacto de gobierno con los republicanos. Las experiencias del pasado junto a unos socios poco consistentes y abocados a dejar sola a la clase trabajadora en los momentos más difíciles —1909, 1917—, y la necesidad de no confundir al socialismo con la política republicana —burguesa al fin y al cabo— eran las principales razones que justificaban la posición de esta corriente.

Estas tres tendencias dividirán profundamente al socialismo durante los años de la República y la guerra civil. De momento, sin embargo, las aguas no se salieron de su cauce pese a las diferencias entre ellas. La victoria de los coalicionistas frente a los retraídos dio paso a una nueva edición de la conjunción republicano-socialista y al viejo discurso antimonárquico y prorrepblicano que había permanecido embalsamado durante más de seis años.

#### **4. Del Gobierno de la República a la Revolución (1931-1936)**

El extraordinario crecimiento experimentado por las organizaciones socialistas durante los primeros años de la República es un hecho que ha sido analizado ya por diversos autores. La UGT, que soportó una verdadera avalancha de ingresos en sus filas, se convirtió en una organización de masas que pronto alcanzaría el millón de afiliados. Muchos de estos nuevos militantes llegaban persuadidos de obtener una mejora inmediata en sus condiciones de trabajo y de vida. La República había despertado en ellos la esperanza de que todo cambiaría en un breve plazo de tiempo. Si eso no ocurría cabía prever un conflicto muy serio entre el viejo aparato sindical, cuyos dirigentes históricos estaban hechos a la prudencia, la moderación, la negociación y un «saber esperar», y los mucho más radicales e impacientes recién llegados. El PSOE, por su parte, vio como también crecía y llamaban a su puerta colectivos de profesionales y empleados de clase media que le darían un aire de partido interclasista y que reforzaría su posición como prin-

cial fuerza política en el sistema de partidos republicano, proceso que se dio simultáneamente al abandono de su tradicional condición subalterna respecto a la UGT.

En un primer momento predominó en todos la euforia —y también el espejismo de la unidad del socialismo, como ha subrayado Santos Juliá, a quien fundamentalmente seguimos en este último epígrafe—, especialmente tras conocer los resultados obtenidos en las elecciones generales. El PSOE fue el partido más votado, formando con 123 diputados la minoría más numerosa en las Cortes republicanas. Si se suman además los alcaldes y concejales electos, no cabe duda que el partido socialista se convirtió en la primera fuerza política de la República. Socialistas eran, además, tres miembros del Gobierno. En esa situación, todos se mostraron de acuerdo —también los retraídos de ayer— en mantener la colaboración en el poder. Pero las viejas diferencias ideológicas —sobre todo en temas como la valoración del Estado democrático, el papel del socialismo en el mismo, la política de alianzas políticas o la estrategia a seguir para impulsar la llegada del socialismo— pronto saldrían a la superficie y andando el tiempo provocarían una división sólo comparable con la que produjo la escisión comunista.

Aunque los sectores político/reformista y corporativo/obrero coincidían totalmente en el apoyo a la República y a los republicanos, es evidente que lo hicieron por razones bien distintas, como ya hemos apuntado. En todo caso, lo que interesa subrayar ahora es que durante el primer bienio del nuevo régimen ambos sectores colaboraron con tenacidad en la obra de Gobierno, una obra que al entrañar reformas profundas en la organización del Estado y en la sociedad española fue entendida por todos como una verdadera revolución. Desde los ministerios de Trabajo, Obras Públicas e Instrucción Pública los socialistas emprendieron una serie de cambios sustanciales que tenían como objetivo básico erradicar algunos de los más importantes factores del «atraso español» y promover la construcción de un proyecto que muy bien puede denominarse de Estado de bienestar. Un Estado que si bien no satisfacía los objetivos máximos del socialismo —no dejaba de ser un Estado burgués—, suponía la aplicación de una parte de su programa y acercaba la hora de su implantación definitiva.

Pero el tiempo de la presencia de los socialistas en las tareas de gobierno había de ser muy corto. La secuencia de los acontecimientos que llevaron desde la campaña de hostilidad a esa presencia hasta el abandono del poder y la ruptura con los republicanos es de sobra conocida y no vamos a repetirla aquí. Lo más significativo, en lo que a nosotros interesa, es que como resultado de ese proceso —iniciado ya en el otoño

de 1933— el socialismo se marcó un nuevo y radical objetivo: la conquista del poder político. Una conquista para la que no se descartaba el uso de los medios legales —victoria electoral, formación de un gobierno homogéneo, desarrollo de un programa propio, etc—, pero respecto a la que también se contemplaba —caso de fallar esos medios— la utilización de vías situadas extramuros de la legalidad, o dicho en otros términos, la utilización de la fuerza a través de una revolución.

Tras el resultado de las elecciones de noviembre de 1933 —el avance de la derecha católica fue, sin duda, lo que alarmó a los dirigentes socialistas— la estrategia revolucionaria de adueñamiento del poder apareció inequívoca. No estaban tan claros, sin embargo, sus contenidos concretos, los posibles aliados, la precisa fórmula revolucionaria y el momento de llevarla a efecto. Sólo se coincidía en señalar como detonante de la misma cualquier provocación de las derechas, lo que pretendidamente confería a la revolución una legitimación como movimiento de defensa de la República. En palabras de Largo Caballero, se trataba de «realizar un movimiento revolucionario a fin de impedir el establecimiento de un régimen fascista».

Pero ni todos los socialistas compartían la idea de ir a una revolución ni los que comulgaban con ella estaban de acuerdo en su diseño y alcance. Besteiro, al frente entonces de la UGT, se opuso pretestando la inmadurez de la clase trabajadora, la falta de motivos sólidos y las consecuencias que para la organización obrera podrían derivarse de fracasar el intento. Aunque partidario de la revolución, Prieto dudaba también de la capacidad del socialismo para dirigir el Estado y se mostró partidario de restaurar la alianza con los republicanos. Largo Caballero, en cambio, creía no sólo en la revolución sino también en la capacidad y la suficiencia del socialismo para llevarla a cabo. Para él, que había declarado rotas todas las relaciones con los republicanos, lo esencial era la unidad de las tres organizaciones socialistas —lo que conseguiría en buena medida tras la derrota y posterior dimisión de Besteiro en la reunión del Comité Nacional de la UGT, celebrada en enero de 1934— que organizarían y dirigirían una huelga general insurreccional apoyada en una intervención militar y con el respaldo de alianzas obreras allí donde fuera posible y sin menoscabo de la dirección socialista.

La hegemonía de Largo en el conjunto del socialismo español a comienzos de 1934 hizo que sus planteamientos se impusieran finalmente. Sin embargo, la preparación de la revolución y su propio desarrollo en octubre de ese mismo año fue, con la excepción de Asturias —una excepción que tuvo, en nuestra opinión, más semejanzas con los viejos «motines» decimonónicos que con las nuevas y modernas estra-

tegas revolucionarias de masas— y por motivos que iban más allá del diseño largocaballerista, un verdadero fracaso. Largo demostró no estar a la altura del sobrenombre —el «Lenin español»— con que las JJSS le aclamaban. Fueron precisamente éstas, muy radicalizadas, las que con motivo de la revolución incorporaron un lenguaje y una serie de principios absolutamente nuevos en los medios socialistas. Por primera vez se teorizaba, siguiendo el modelo bolchevique, sobre la toma del poder por el partido obrero —vanguardia de la clase trabajadora— y se hablaba de dictadura del proletariado como fase intermedia entre el Estado burgués y el socialismo pleno. Elementos del marxismo-leninismo hacían así su entrada en el universo ideológico socialista.

Tras el fracaso de Octubre, Largo Caballero continuó sosteniendo la idea de conquistar el Estado, si bien adoleció, como antes, de una verdadera política que la hiciera realizable. Al rechazar simultáneamente las propuestas de unidad emanadas del PCE —la aceptación de un muy limitado comité de enlace no cambió las cosas en ese sentido— y la propuesta de coalición con los republicanos —que defendía el sector del socialismo aglutinado en torno a Prieto—, la mayoría largocaballerista se vió abocada al aislamiento y a la parálisis política. En esta tesitura, la división entre los seguidores de Prieto y de Largo, entre centristas y revolucionarios —a los que había que añadir el minoritario grupo que comandaba Besteiro—, se ahondó hasta límites imposibles de superar. A las sustanciales divergencias políticas se sumaron odios e inquinas personales que llevaron a las acusaciones «ad hominem» y a los insultos —incluso amenazas— más intempestivos. Fue así como el socialismo, que contaría con la UGT en manos de la izquierda y el PSOE en las de los centristas tras la reunión de su Comité Nacional en diciembre de 1935, se rompió en dos direcciones autónomas y antagónicas. El sindicato recuperó de nuevo su vocación y libertad políticas, actuando como un partido político más.

La campaña electoral con motivo de las elecciones de 1936 sirvió para profundizar las divergencias; cada sector se preocupaba de neutralizar las posiciones y los posibles avances del adversario. Si Largo aceptó finalmente la coalición con los republicanos, lo hizo con la exigencia de ampliarla a los comunistas —con quienes apenas había tenido contactos desde octubre de 1934 y a los que ahora abría las puertas de la UGT mediante el ingreso en ella de la CGTU— para así impedir o equilibrar por la izquierda las «maniobras» prorrepúblicas de Prieto, partidario —igual que siempre— de un Estado democrático —de «gran radicalismo político y de gran hondura social»— en el que se integraría plenamente el socialismo.

Los resultados de las elecciones no sólo no cambiaron este estado de cosas, sino que las ahondaron aún más. La fragmentación impidió al socialismo jugar un papel activo y constructivo en la victoriosa coalición de izquierdas, lo que llevó a ésta a una notable desorientación y debilidad políticas y a los propios socialistas a la inacción y las puertas mismas de la escisión. En esas condiciones tan poco propicias habrían de encarar la sublevación militar de julio de 1936.

### Bibliografía utilizada

- AISA, Javier y Víctor Manuel ARBELOA, *Historia de la Unión General de Trabajadores*, Madrid, Ed. Zero, 1975.
- ANDRÉS GALLEGO, José, *El socialismo durante la Dictadura*, Madrid, Ed. Tebas, 1977.
- ARBELOA, Víctor Manuel, *Orígenes del Partido Socialista Obrero Español, 1873-1880*, Madrid, Ed. Zero, 1972.
- ARIAS GONZÁLEZ, Luis y Francisco DE LUIS MARTÍN, *La narrativa breve socialista en España, 1880-1936. Antología*, Madrid, Centro de Estudios Histórico-UGT, 1998.
- ARRANZ, Luis, «La ruptura del PSOE en la crisis de la Restauración: el peso del Octubre ruso», *Estudios de Historia Social*, núms. 32-33 (1985), pp. 7-91.
- BIGLINO, Paloma, *El socialismo español y la cuestión agraria, 1890-1936*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1986.
- BIZCARRONDO, Marta, *Araquistáin y la crisis socialista en la II República. Leviantán*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1975.
- BLAS GUERRERO, Andrés de, *El socialismo radical en la Segunda República*, Madrid, Ed. Túcar, 1978.
- CASTILLO, Santiago, *Historia del socialismo español*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, vol. 1, 1870-1909, Barcelona, Conjunto ed., 1989.
- CONTRERAS, Manuel, *EL PSOE en la II República: organización e ideología*, Madrid, CIS, 1981.
- DÍAZ, Elías, *Socialismo en España: el partido y el Estado*, Madrid, Ed. Mezquita, 1982.
- EGUIGUREN, Jesús, *El socialismo y la izquierda vasca, 1886-1994*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1994.
- ELORZA, Antonio y Michel RALLE, *La formación del PSOE*, Barcelona, Ed. Crítica, 1989.
- FORCADELL, Carlos, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1978.
- FUSI, Juan Pablo, *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Ed. Turner, 1975.
- GÓMEZ LLORENTE, Luis, *Aproximación a la historia del socialismo español (hasta 1921)*, Madrid, Edicusa, 1976.

- GÓMEZ MOLLEDA, Dolores, *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno*, Salamanca, Universidad, 1980.
- GUILLESPIE, Richard, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza, 1991.
- HEYWOOD, Paul, *El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936*, Santander, Universidad de Cantabria, 1990.
- JULIÁ, Santos, *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1977.
- , *Orígenes del Frente Popular en España*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1979.
- , «Fieles y mártires», *Revista de Occidente* núm. 23 (1983), pp. 61-75.
- , «Corporativistas obreros y reformadores políticos: crisis y escisión del PSOE en la II República», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. I, n.º 4 (1983), pp. 41-52.
- , *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1984.
- , «Socialismo y revolución en el pensamiento y la acción política de Francisco Largo Caballero», en F. LARGO CABALLERO, *Escritos de la República*, Madrid, 1985, pp. IX-LXVI.
- , (coord.), *El socialismo en España*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1986.
- , (coord.), *El socialismo en las nacionalidades y regiones*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1988.
- , *Historia del socialismo español*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, vol. 3, 1931-1939, Barcelona, Conjunto ed., 1989.
- , *Los socialistas en la política española, 1879-1982*, Madrid, Ed. Taurus, 1997.
- LAMO DE ESPINOSA, Emilio, *Filosofía y política en Julián Besteiro*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.
- LUIS MARTÍN, Francisco de, *Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940*, Madrid, Ed. Pablo Iglesias, 1994.
- , *Historia de la FETE*, Madrid, Fondo Editorial de Enseñanza, 1997.
- LUIS MARTÍN, Francisco de y Luis ARIAS GONZÁLEZ, *Las Casas del Pueblo socialistas en España, 1900-1936*, Barcelona, Ed. Ariel, 1997.
- MEAKER, Gerald, *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*, Barcelona, Ed. Ariel, 1978.
- MIRALLES, Ricardo, *El socialismo vasco durante la II República*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1988.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel, *El obrero consciente*, Madrid, Alianza ed., 1987.
- , «La cultura socialista en los años veinte», en J.L. García Delgado, *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Ed. Siglo XXI, pp. 149-198.
- RALLE, Michel, «La Emancipación y el primer grupo «marxista» español: rupturas y permanencias», *Estudios de Historia Social* núms. 8-9 (1979), pp. 93-128.
- , «L'Etat de la Restauration et l'anti-étatisme ouvrier», *Le Mouvement Social* núm. 128 (1984), pp. 27-43.
- REDERO SAN ROMÁN, Manuel, *Estudios de historia de la UGT*, Salamanca, Universidad-Fundación Largo Caballero, 1992.



- RIBAS, Pedro, *La introducción del marxismo en España (1869-1939): Ensayo bibliográfico*, Madrid, Ed. de la Torre, 1981.
- ROSAL, Amaro del, *Historia de la UGT de España, 1901-1939*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1977.
- SERRANO, Carlos, «El PSOE y la guerra de Cuba (1895-1898)», *Estudios de Historia Social*, núms. 8-9 (1979), pp. 287-310.
- , *Le tour du peuple*, Madrid, Casa de Velázquez, 1987.
- SHUBERT, Adrian, *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Barcelona, Ed. Crítica, 1984.
- Sistema*, Numero monográfico sobre Pablo Iglesias, 11 (1975).
- SOLANA, Fermín: *Historia parlamentaria del socialismo. Julián Besteiro (1918-1923)*, Madrid, Ed. Taurus, 1975
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, Ed. Taurus, 1972.
- , (dir.), *Historia del socialismo español*, 5 vols., Barcelona. Conjunto Ed., 1989.
- ULLMAN, Joan C., *La Semana Trágica*, Barcelona, Ed. Ariel, 1972.
- VIDARTE, Juan Simeón, *El bienio negro y la insurrección de Asturias*, Barcelona, Ed. Grijalbo, 1978.
- VIÑAS, Ricard, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1978.
- VV.AA., *Socialistas y ugetistas en España, 1879-1939*, Salamanca. Agrupación Provincial de Salamanca. PSCL-PSOE, 1988.